

Suzy

Elite.

Hay mercancías que se pregonan sin hablar y baraturas que no se regatean. Se compran y se venden solas con sólo insinuar... De este intercambio triste de dignidad por dinero vivía Suzy en el puerto, donde anclan vapores que traen presos a hombres castigados por el mar.

Menuda de cuerpo, de una delgadez triste, como consumida en el fuego de una religión sin piedad, a Suzy quedaban para su pobre comercio algunas redondeces fofas que parecían salidas de un débil deseo de agradar. Sus cabellos pajizos y lacios, sus ojos de una luz que empezó a declinar y su boca hecha al contacto sórdido de hombres que pagan el favor, eran el pregón mudo de su oferta. Al revés de esa mercancía de anticuario que gana con envejecer, los marchitos encantos de Suzy se remozaban con el color de afeites y tintes de poco precio que hacían más visibles las ruinas prematuras de su antiguo poder de hace pocos años.

Suzy llegó al puerto como un despojo que nadie reclama. Ni el hilo tenue de una carta turbó nunca aquel aislamiento de un ser que comparte su lecho con el primer venido. Aquella mercancía internacional no tenía papeles que le ligaran a un país ni afectos que arrastrar en su caída. Y el mundo pequeño donde ocultaba su debilidad, el mísero cuartucho donde se confesaban tantos brutales apetitos era para Suzy algo así como una celda en el convento del pecado.

A trechos empapelados, en otras partes desnudos, los débiles tabiques de la estancia exhibían cuadros y objetos de distintas procedencias. Toda aquella decoración de colorines pretendía poblar de recuerdos el cuartucho, vacío de ilusión. Unas horas de amor furtivo dejaban colgada una cerámica, una pintura soez, la postal de una ciudad lejana, como si todos los países quisieran tener representación y dejar su huella en la desgracia de Suzy. Tres sillas desiguales y mancadas, un sofá descolorido, un enorme espejo adosado a la pared y la cama constituían todo el mobiliario. Hasta el sol se agotaba antes de llegar aquí. Caía su luz mortecina a través de un angosto callejón al que se arroja de todo...

Ahora pasa por allí un borracho. Ya es de noche. Una noche clara de puerto. El hombre patea algo que le estorba en su camino; rueda un cacharro, maulla un gato en su huída y se llena el ambiente de juramentos. Después se ríe el marino y otra vez vuelve a sus soeces improprios, con ese voluble humor de los borrachos.

Suzy le observa, curiosa, asomada a la ventana. No es extraordinario que un borracho arme escándalo en su puerta. A eso está acostumbrada. Pero no es corriente que se blasfeme allí en su lengua. Son muy raros los hombres de su país que salen a navegar y no ha visto aún ninguno en aquel puerto.

– ¡Suzy!...

Ella es tan conocida en el puerto como la cantina del muelle, los cabarets de la ciudad o el uniforme de la policía y su casa es algo así como el lugar por donde pasa todo el mundo. El marinero, al llegar a puerto, pregunta por tres cosas: dónde puede vender lo que trae, dónde puede comprar lo que quiere llevarse y por la belleza de sus mujeres. Lo demás se anuncia a gritos. Entro lo "demás" está Suzy...

El portón de la escalera está abierto. Suzy tiene el primer impulso de bajar a cerrarlo. Le molestan los borrachos. El portalón cerrado anuncia que está ocupada, y la extraña moral de aquellos hombres hoscos y duros que dirimen a puñaladas la menor diferencia respetan las leyes consuetudinarias del puerto. Ella podía cerrar la puerta sin que nadie le molestara. Acaso alguna frase grosera recordándole su vergüenza, pero nada más. Sin embargo, es un compatriota... Le tientan los deseos de dejarle entrar.

Ya resuenan los pasos vacilantes del borracho sobre los peldaños. Ya no grita. Apenas si en aquel silencio, que agigantan los descompasados botazos del borracho, se oye un fatigoso: "Suzy"..., dicho entre dientes, con el afán del que alcanza una meta.

Ya está allí. Con un cigarro en la boca babeante, el rostro alargado y descolorido por la vigilia. Aquel hombre de rostro anguloso y feo lleva una cachucha y un chaquetón de los marineros de su país. Ella le observa en silencio, adosada al marco de su puerta. Después le deja entrar. Le sienta en el sofá, que chillaba como si estuviera lleno de ratones, y le da un trago, ¡un trago le hará bien...!

El marinero le recuerda con su conversación cosas que ella creía muertas para siempre. Los ecos de su lengua han despertado geniecillos ocultos que le hablan muy cerca de su pasado. Suzy sigue preguntando, el hombre responde con incoherencia de borracho. El era un viejo marinero y despreciaba a todos sus paisanos, hombres de tierra adentro. Por fin, encontraba una compatriota enamorada del mar. ¡Y era hermosa, caray!... El tenía una mujer, allí en otro puerto, que no la cambiaba por ninguna otra; y tenía hijos también... ¡Dos!. Dos que vivían, porque tuvo cinco... ¡uno en cada viaje!. Pero los otros murieron. ¡Pobrecitos!... Uno, sobre todo. Era el que más quería. Acaso porque era el primero. Le puso el nombre de su padre. Alberto... ¡Pobre viejo! Ya que no lo veía desde hace tantos años, quería por lo menos rendirle este homenaje... y ¡nada, el niño murió!... Acaso habrá muerto también su pobre viejo... De su madre no quiere ni acordarse. ¡Era una mala mujer!... ¡No hay una madrastra buena! Su hermanita sí... ¡La pobre seguirá lavando platos en aquel bar sucio que olía a estiércol! A veces le dan ganas de ir a buscarla, pero ¡hace tantos años!... ¡Era muy bonita Luisa! Acaso es feliz entre aquellos labriegos brutos que no han salido de sus montes: hasta se habrá acomodado casándose con cualquiera de aquellos fornidos aldeanos que olían a estiércol... "¡Bah!, no llores, Suzy. Me estoy poniendo sentimentalote, ¡eh!... Eso no está bien. Yo no soy así. ¡Si supieras!...

Suzy se debate en los brazos del marinero. Los ojos del borracho se han llenado de lujuria y los de Suzy de terror. La vacilante humanidad del macho quiere imponer su ley y sus manazas de estibador arrancan pedazos de vestidos... Ella logra desasirse del brutal abrazo y huye, huye por los muelles poblados de borrachos.

Al día siguiente observa los movimientos de un barco pronto a zarpar. De vez en cuando surge en medio de aquel trajín una cachucha de los marineros de su país. Cuando el vapor se aleja, Suzy vuelve con gesto cansado a su cuartucho, donde habrá

dormido por una noche su hermano, el hermano que seguirá creyendo que tiene una hermana muy bonita casada con un fornido aldeano que huele a estiércol...